

Cómo citar:

Castillo Patton, A.E. (2024): Cómo observar la moral y las costumbres. Arxius de Ciències Socials, 50 pp. 108-112 DOI: <https://doi.org/10.7203/acs.50.29344>

CÓMO OBSERVAR LA MORAL Y LAS COSTUMBRES

CIS, MADRID.

MARTINEAU, H.; DÍAZ, CAPITOLINA (ED.)
Y MENÉNDEZ-VALDÉS PÉREZ, A. (TRAD.) (2022).RESEÑA ELABORADA POR ANDY ERIC CASTILLO PATTON,
INVESTIGADOR POSDOCTORAL EN LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID, MADRID

En la formación de cualquier profesión o disciplina científica hay institucionalizadas una serie de pautas y códigos que definen tanto los modos de proceder como los límites identitarios de dicha rama del conocimiento, habitualmente radicados en linajes androcéntricos. En el caso de la Sociología, una ciencia social de dilatada y tardía conformación entre mediados y finales del siglo XIX, se establecen una serie de hitos que hoy día siguen reverenciándose como referentes didácticos que suelen comprender las enseñanzas de Saint-Simon, Comte, Marx, Spencer, Durkheim, Simmel o Weber como “padres fundadores”. Sin embargo, tal y como señalan diversas voces radicadas en perspectivas feministas (Durán, 1996; Lengermann y Niebrugge, 2019; García-Sainz, 2021), conviene revisar dichos modelos de cara a entender la compleja madeja de contribuciones y conversaciones que han dado lugar a esta ciencia social según la conocemos actualmente. Sobre todo teniendo presente la invisibilización de diferentes autoras o “madres” que han sido más centrales que periféricas en la organización de la mirada sociológica, como es el caso de Harriet Martineau.

Nacida en Norwich (Gran Bretaña) en una familia burguesa de origen hugonote, Harriet Martineau (1802-1876) se erige como una de esas múltiples autoras que, inscritas en el cultivo de las ciencias sociales —o “Ciencias Morales”, según la terminología de la época—, proponen la construcción de una nueva forma de mirar a las sociedades en el contexto de la consolidación de las revoluciones liberales y nacionales en Europa y América. Así, tal y como comenta Capitolina Díaz Martínez en la preparación de esta cuidada edición de *Cómo observar la moral y las costumbres* (*How to Observe Morals and Manners*), escrita en 1834 aunque publicada en 1838, Martineau propone un método de observación empírica de los grupos humanos y su comportamiento que no renunciara ni al humanismo ni al compromiso crítico, pero tampoco al rigor metodológico. De hecho, este manual o guía de observación sirve de precedente en la preparación de su estudio sobre los Estados Unidos: *La sociedad en América* (*Society in America*), publicado en 1837.

A lo largo del texto, de escritura sencilla y accesible —donde se atestigua el esmero de la traducción llevada a cabo por Alejandra Menéndez-Valdés—, se va articulando un modelo de observación participante o de procedimiento etnográfico que, en definitiva, trata de un método de entrenamiento de la mirada investigadora. Atendiendo al problema de los sesgos y los prejuicios en el análisis de los comportamientos sociales, asunto

más arduo que el estudio de la Geología o la Botánica según comenta la propia Martineau, se propone una labor de observación general de la moral y las costumbres, es decir, de los fundamentos de las reglas y pautas de cómo se vive en cada sociedad. A este respecto, Martineau sugiere una reflexión previa de cómo se va a proceder al conocimiento de una comunidad humana donde es pertinente dotarse previamente de un aparato epistemológico que no incurra en lo que ella denomina como “situación del viajero que no sigue el método filosófico” (p. 37). Esto, además de ayudar a definir los objetivos de cualquier estudio, previene de “decisiones precipitadas” (p. 24) surgidas de la “ceguera” o “sordera” voluntarias, aspectos propios de la “pereza” y/o el “nerviosismo” que se pueden dar durante el viaje investigador. Estos errores morales de quien observa son precursores de lo que Martineau advierte como el problema de la ridiculización o la exageración de comportamientos individuales tomados como representativos de todo un grupo social, es decir, lo que actualmente se conoce como la “falacia de composición” o tomar el todo por la parte. Por ello, la autora británica comenta que quien observa debe de ser consciente de su responsabilidad como informante bajo el deber de “imparcialidad y de no cometer ninguna injusticia con respecto a cuestiones o personas por sus propios sesgos” (p. 218). Este problema de la generalización de la moral y costumbres locales a partir de casos individuales apura resultados y conclusiones además de desvirtuar el carácter sosegado y contemplativo de cualquier investigación que, por definición, debe de darse la forma más deleitante posible. De ahí la reivindicación constante de Martineau del “viaje” y las actitudes del “viajero”, de aplicación tanto literal como metafórica, en tanto que investigador o estudioso al que se recomienda que recorra un camino a pie, de forma poco apresurada, tomando pausas o incluso breves desvíos que le permitan recalibrar la perspectiva de lo observado. De hecho, Martineau estima que, además, sólo se podrá observar una parte de la sociedad y no la totalidad de ésta aunque estuvieran todas las techumbres de una ciudad levantadas a vista de pájaro (p. 95). Por ello es imprescindible en toda observación emprender un ejercicio riguroso y sistemático, apoyado por un diario o cuaderno “de viaje” (hoy diríamos “de campo”) donde se explicita la distinción entre las percepciones de la/el observante y los testimonios de los sujetos observados, anécdotas para anotar con cuidado dada su particularidad y singularidad.

De acuerdo con esta exposición de motivos y catálogo de precauciones, Martineau propone así cuatro principios por los cuales todo “viaje” sociológico (tanto en términos físicos como epistemológicos) ha de planificarse o “amueblarse”: 1) tener la certeza de qué es lo que se quiere conocer; 2) con qué principios se parte a la hora de investigar y agrupar conclusiones derivadas de la observación; 3) distinguir, bajo criterios concisos y reflexivos, qué es lo que se ve como lo correcto y lo erróneo en la sociedad observada; y 4) entender que lo que se comprenden como virtudes o vicios en una sociedad son el resultado de “grandes influencias generales” (p. 57), relativas tanto a la geografía como a los modos de gobierno o la historia de los mitos fundacionales. De este modo, Martineau une el rigor de la definición de un objetivo y de un objeto de investigación con la reflexividad necesaria para comprender que cada sociedad tiene sus propios códigos de conducta, si bien ella estima que todo grupo humano aspira a la felicidad (p. 35). Esta noción, propia del utilitarismo de autores de su tiempo como Jeremy Bentham o James Mill, se conjuga con las influencias de su instrucción religiosa en el unitarismo, si bien Martineau transita tempranamente hacia posturas ateístas. A este respecto, Martineau recomienda el ejercicio activo de la “empatía” dado que la observadora estará “mucho más capacitada para percibir, entender e informar de la moral y las costumbres de las gentes que visita” (p. 42), en tanto que el trabajo científico se da con seres sintientes y semejantes. Esto, entre otros propósitos, garantiza un “espíritu de la imparcialidad” que se valida en la identificación de detalles valiosos tanto en términos científicos como humanistas, sobre todo en el examen de la situación y testimonios de los colectivos más marginalizados como mujeres, ancianos/as, cautivos/as (esclavos o presos) y mendigos. Con todo, y de acuerdo con su compromiso con principios emancipatorios, definibles como “abolicionistas” y “feministas” según términos contemporáneos, Martineau no elude la responsabilidad del observador al

juzgar como inhumanas las prácticas de la esclavitud por motivos de religión o raza o el sometimiento doméstico de las mujeres y las niñas, sobre todo las de clases más pobres.

Por este motivo, aunque Martineau interpreta que a todos los seres humanos les rige la misma ley natural, las circunstancias de cada contexto constituyen realidades diferenciadas sobre lo que define tanto como determina la conducta humana. De hecho, la autora establece que, si bien la moral se distingue entre las dimensiones “personal”, “doméstica y social” y “política” (p. 82), hay una confluencia de estas morales en la práctica cotidiana junto con los hábitos que fundamentan en las costumbres, sean públicas o privadas. A este respecto, Martineau considera que para entender una sociedad es fundamental conocer su religión de origen, dado que es a partir de ésta por la que se entienden las principales “convicciones e imaginaciones”, además de supersticiones, que rigen una determinada comprensión del mundo tanto natural como humano (pp. 85 y siguientes). Tomando el ejemplo del suicidio, Martineau entiende que este es el mejor indicador de cuáles son los sentimientos religiosos de una sociedad en tanto que a partir de este acto de muerte se explicita la prevalencia de un tipo u otro de juicios y sentimientos morales en una sociedad sobre cómo vivir y morir. De hecho, Martineau entiende que la religión se puede concebir de forma tanto tradicional, relativa a mitos y rituales trascendentales, como de forma secular, tal y como advierte en la conformación de religiones políticas según observa en el contexto de los Estados Unidos con el fenómeno del constitucionalismo, inspiración de nuevas virtudes y vicios. Sin embargo, para la autora la verdad de los significados sociales de lo correcto y lo erróneo se da en la agregación de detalles observables en diferentes expresiones y situaciones de cada cotidianeidad. Por este motivo, Martineau señala que el “gran secreto” de todo análisis social reside en “comenzar por el estudio de las *cosas*, empleando el *discurso* de las personas como comentario explicativo sobre ellas” (p. 79). De acuerdo con esta recomendación, la autora propone un método que se podría calificar como hermenéutico por el cual el testimonio oral de los miembros de una sociedad, desde sacerdotes y comerciantes a mujeres y ancianos, tiene un valor empírico e interpretativo equivalente a los textos religiosos, literarios y políticos.

En este sentido, *Cómo observar la moral y las costumbres* se presenta como un texto imprescindible en la formación sociológica, equiparable a trabajos de referencia epistemológica y metodológica como las lecciones de Auguste Comte (1830/2004, 1844/2017) o las *Reglas del método sociológico* de Émile Durkheim (1895/2005), entre otras obras que detallan cómo realizar una observación empírica como los estudios realizados por Alexis de Tocqueville (1835/1985) en *La democracia en América*. De hecho, es relevante señalar, tal y como resalta Capitolina Díaz, la interlocución de Martineau con Comte, a quien tradujo y editó los diferentes volúmenes del *Curso de Filosofía Positiva*, edición de referencia en la formación sociológica de Herbert Spencer. Esto da cuenta de una realidad dialógica por la cual autores y obras se interpelan y enriquecen en un contexto de experimentación científico-social, lo cual desmiente el relato sobre la condición individualista de genios aislados en su acción creativa. De hecho, el trabajo de Martineau pertenece a esa época por la cual el término de “Sociología” aún está diluido entre las nociones precursoras de una “Física Social” o una mayor concreción práctica de la Filosofía Social y las “Ciencias de la Moral”. De ahí que en Martineau se pueda entrever que está aún pendiente la conciliación de abstracciones teóricas e, incluso, metafísicas con observaciones empíricas (Hill, 1989), algo que logran concretar autores posteriores como Lester Frank Ward o Émile Durkheim en tanto que referentes de la institucionalización científica de la Sociología en Estados Unidos y Francia. De ahí que Martineau emplee terminologías en las que, según señala Capitolina Díaz, el sustantivo del “viajero”, ambivalentemente romántico, se presenta como equivalente al de investigador o, en definitiva, “sociólogo/a”, tal y como se señala en la actualidad (Gatti y Casado, 2001). Esto podría aplicarse también a la noción de “antropólogo/a”, dado que el trabajo de Martineau es etnográfico por definición, con reflexiones acerca de lo que actualmente la Antropología discierne entre las dimensiones

etic y *emic*, es decir, la perspectiva de quien observa y la perspectiva de quienes son observados/as (Olivier de Sardan, 2018). En este sentido, la lectura de *Cómo observar la moral y las costumbres*, aún radicada en un tiempo de ciencia en conformación, es altamente estimulante y fácilmente aprehensible. De hecho, sería equiparable a trabajos más recientes como *La presentación de la persona en la vida cotidiana* de Erving Goffman (1956/1997), donde la anécdota sustenta el dato y ameniza la comprensión del cómo y qué investigar en un grupo humano. De ahí la recomendación de esta obra tanto a expertos/as como iniciados/as en el saber sociológico, sobre todo poniéndolo en relación con la lectura de otros textos clásicos y contemporáneos imprescindibles.

Por último, y en tanto que documento que se mira en su época, no cabe menospreciarse la dimensión ensayística y tratadista de *Cómo observar la moral y las costumbres*, una obra que enhebra reflexiones epistemológicas con demandas emancipatorias similares a otras coetáneas de Martineau, como las sansimonianas Claire Bazard (1794-1883), Angélique Arnaud (1797-1884) o Jeanne-Désirée Véret (1810-1881) y Marie-Reine Guindorf (1812-1837), cofundadoras en 1832 de la gaceta *La Femme Libre*. Autoras y activistas que, además de refutar su situación de subordinación social y política, se encuentran entre los más destacados antecedentes del sufragismo y el feminismo de primera ola. De hecho, en esta época del segundo tercio del siglo XIX destacan otras obras y autoras de interés sociológico y vindicativo como *La unión obrera* (1843/2006) de Flora Tristán (1803-1844), inspiradora de un método de observación participante de la cuestión obrera similar al de los trabajos de Friedrich Engels en *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845/2020), o los trabajos sobre la economía política y la libertad de las mujeres de Harriet Taylor Mill (1807-1858). De este modo, la reedición de *Cómo observar la moral y las costumbres* de Harriet Martineau por parte de Capitolina Díaz bajo el sello editorial del Centro de Investigaciones Sociológicas se presenta como un excelente trabajo de visibilización de un texto clásico primordial en la recuperación de la memoria sociológica de aquellas antecesoras, pioneras y/o cofundadoras de la disciplina.

BIBLIOGRAFÍA

- COMTE, A. (2004). *Curso de filosofía positiva*. Buenos Aires: Libertador. Obra original publicada en 1830.
- COMTE, A. (2017). *Discurso sobre el espíritu positivo*. Madrid: Alianza. Obra original publicada en 1844.
- DURÁN, M. Á. (1996). *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- DURKHEIM, É. (2005). *Las reglas del método sociológico*. Madrid: Biblioteca Nueva. Obra original publicada en 1895.
- ENGELS, F. (2020). *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Akal. Obra original publicada en 1845.
- GARCÍA-SAINZ, C. (2021). Sociólogas fundadoras, la memoria oculta de la sociología. *Revista Española de Sociología*, 30 (2), a38. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2021.38>
- GATTI, G. y CASADO, E. (2001). Viaje por las fronteras del campo sociológico: una cartografía de la investigación social. *Política y Sociedad*, 36, 151-172.
- GOFFMAN, E. (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu. Obra original publicada en 1956.
- HILL, M. (2022). Empirismo y razón en la sociología de Harriet Martineau. *COnline – Revista Eletrônica de Ciências Sociais*, 36, 125-168. Obra original publicada en 1989.
- LENGERMANN, P. M. y NIEBRUGGE, G. (2019). *Fundadoras de la sociología y la teoría social (1830-1930)*. Madrid: CIS.
- MARTINEAU, H. (2022). *Cómo observar la moral y las costumbres*. Madrid: CIS. Obra original publicada en 1838.
- OLIVIER DE SARDAN, J.-P. (2018). *El rigor de lo cualitativo: las obligaciones empíricas de la interpretación socioantropológica*. Madrid: CIS.
- TOCQUEVILLE, A. (1985). *La democracia en América*. Obra original publicada en 1835.
- TRISTÁN, F. (2006). *La unión obrera*. Madrid: Debarris. Obra original publicada en 1843.